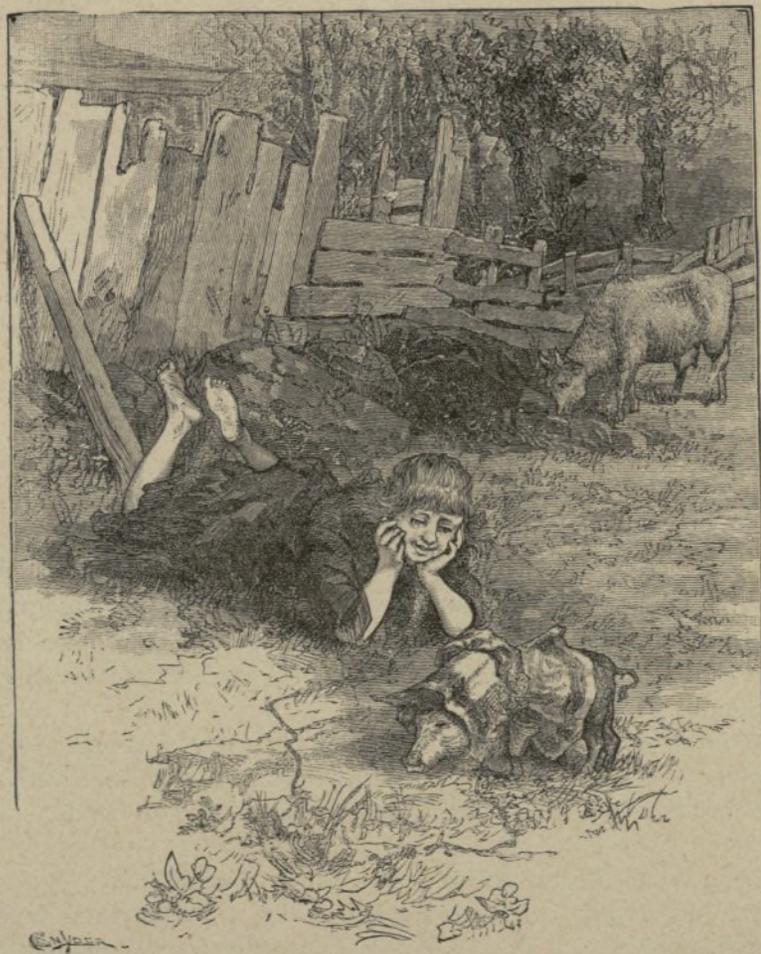




SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

◀ Año II 24 de noviembre de 1888 Núm. 56 ▶



LA NIÑA Y EL MARRANILLO



UN RATO DE CHARLA

SRES. D.^a A. N., Logroño; A. C., Zaragoza; P. G., Burgos; L. M., Zaragoza; A. S., Zaragoza; A. R., Cartagena; O. y P. A., Valladolid; M. L. V., Calatayud; E. y G. L., Nájera; J. M., Madrid; P. B., Barcelona; etc., etc., etc.

Mis queridos amigos y camaradas:

Creo que sin inconveniente alguno puedo dirigirme á vosotros en carta abierta. Lo único que en todo caso podría padecer es mi modestia, comprometiendo á la vez la de la casa editorial; pero eso no me da cuidado. La mejor prueba de que soy modesto es que nunca jamás llegaré á guardián,—ni he pensado tampoco.

Dicho esto, me apresuro á daros las gracias por las benévolas frases con que os habéis servido demostrar que os gustaban las mejoras introducidas en el periódico. Basta con eso para que todos nos demos por satisfechísimos, estimando en más vuestro aplauso, sincero, desinteresado, como de niños, que no las felicitaciones, siempre sospechosas, de gente machucha.

Yo no he experimentado nunca una emoción tan grata como la que alguna que otra vez me ha producido la lectura de cartas en que se aprobaba y elogiaba, bien que inmerecidamente, mi manera de expresarme.

Sí: nada más grato que la estimación demostrada por un niño, cuya alma no viciada por el roce de la vida, es siempre urna cristalina, arpa que vibra espontáneamente. Nada más dulce que una frase de simpatía deslizada en medio de las graves cuestiones de una solución de charadas ó logogrifos numéricos. Para los que somos sastres y conocemos el paño, y estamos en el intríngulis, vale más una de esas frases que los más estruendosos *bombos* mendigados ó remitidos á los periódicos.

Nuestro contento ha sido, pues, grandísimo al vernos favorecidos con tantos testimonios de cariño; pero como el hombre jamás puede conocer la tranquilidad, juntamente con esta satisfacción, hemos continuado doliéndonos de otra cosa.

La cual, con la más absoluta franqueza, os voy á revelar.

La causa de nuestro *dolimiento* es no haber llegado todavía á tener cien mil suscritores.

Pero ¿os figuráis que es por asquerosa codicia, por necia concupiscencia de

dinerucho? Ya sé que no os lo figuráis; pues, de no ser así, cualquiera de vosotros comprende que, en lugar de daros lisa y llanamente la razón, hubiera dicho lo mismo envuelto en mil hipócritas rodeos.

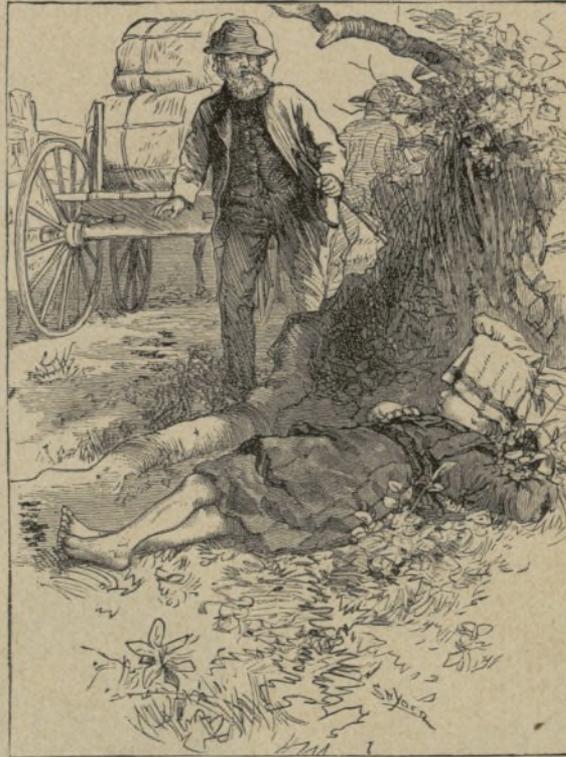
El motivo de desear cien mil suscritores sería por el noble y patriótico orgullo de ver alcanzar en España á la prensa periódica infantil la popularidad de que goza en Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, los Estados Unidos, et-
cétera; sería porque probaría que los padres atienden con cuidado á la educación de sus hijos y se preocupan de su cultura; sería por el afán de apostolado, de proselitismo que nos anima, creídos como estamos de que, cuanto más elevado nivel alcance la educación, más habrá de progresar nuestro país, hoy, por triste que sea tener que confesarlo, bastante atrasado, relativamente.

Es indudable que todos los niños leen, poco ó mucho. Pues bien: la cuestión estaría en que los niños leyesen cosas apropiadas á su edad; que los manjares intelectuales de que hiciesen uso fuesen apropiados á sus fuerzas intelecto-digestivas.

Si el lector se fija en los *Estudios sobre educación* que con este número comenzamos á dar en el pliego de regalo, verá de qué manera tan gradual van desarrollándose las facultades, y cuán particular es cada grado del desenvolvimiento.

Guiados por esa idea, hemos procurado que EL CAMARADA fuese realmente un periódico para niños, escrito en vista de un público infantil; aunque claro está que no para la primera infancia, que no necesita ni sabe de lecturas, bien que aun para la gente menuda están ahí los grabaditos.

La prosperidad de los periódicos de niños, según se observa en los países que hemos citado antes, parece estar en razón directa, no solamente de la cultura, sino de la prosperidad de la nación; y sólo por desidia, *por no caer en ello*, puede darse el caso de que hasta ahora haya arrastrado esta prensa una



La niña y el marranillo

vida lánguida y poco en consonancia con el incremento que ha tomado otra clase de publicaciones.

En la seguridad, pues, de que no hemos de tardar en ver este periódico ser EL CAMARADA de la mayoría de los niños españoles, demos ya punto á esta idea, y volvamos á lo de nuestras alegrías.

Repito, pues, que una de las mayores satisfacciones que puede experimentar un alma bien nacida, es ser objeto de demostraciones de afecto por parte de la niñez, merecer su aprecio, contar con sus simpatías. Recompensa que no cambiaría yo por todo el oro del mundo.

Pero si esto es así, como real y verdaderamente es, debe ser en cambio horrible lo contrario; tanto, que no llego yo á imaginar mayor pesadumbre que tener enajenado el cariño de la infancia.

Por lo mismo, permitidme que, olvidado de toda hipócrita consideración, os envíe el más ferviente voto de gracias por vuestras amables cartitas.

Espero que todos me perdonaréis este desahogo, que no he podido contener y que no he querido llevar á la sección de *Correspondencia*, teniendo así el placer de reiteraros á todos, así á mis corresponsales como á todos los demás, el testimonio de mi verdadera estimación.

Siempre vuestro

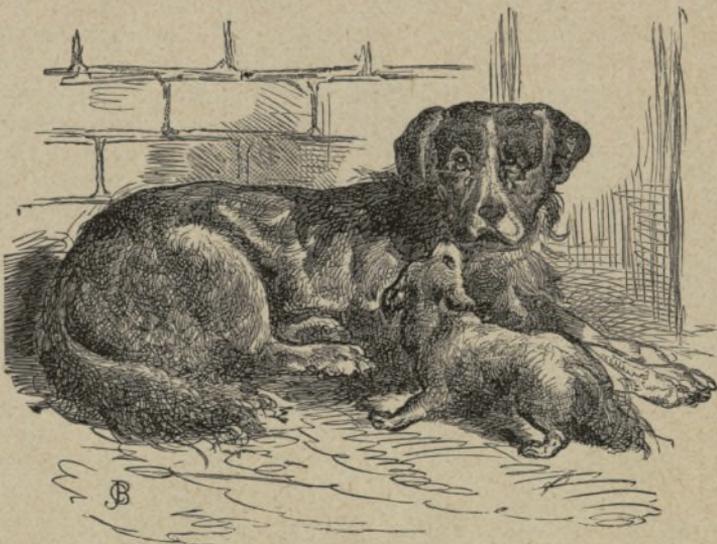
ANTOÑITO



REVISTA DE HIGIENE

CNTENDEMOS que se cumple con un fin altamente laudable y humanitario propagando por medio de cartillas ó instrucciones populares los conocimientos necesarios para ponerse al momento sobre aviso tocante al riesgo que puede acarrear una enfermedad epidémica, y muy en especial por lo solapadamente que á veces se presenta la terrible difteria. En este sentido merecen la más cumplida felicitación los prácticos que, como el distinguidísimo doctor Tolosa Latour, el doctor Corral y ahora el doctor D. Federico Lletget (sin contar otros muchos autores), han popularizado esta clase de nociones, de cuyos beneficios pueden dar testimonio incalculables familias.

Harán, pues, muy bien, los que carezcan de tales guías, en procurarse alguna, por más que hoy sea nuestro objeto ocuparnos solamente en la última que hemos nombrado.



Los dos perros

A igual que los demás autores, recomiéndase el Sr. Lletget por la brevedad y claridad con que trata del asunto, huyendo de todo tecnicismo. Esta es la única manera como debe escribirse para el público, de la propia manera que á cartillas como las citadas es á donde deben acudir los profanos en medicina, siendo una de las mayores calamidades que pueden afligir á una familia el ir á buscar conocimientos en los tratados escritos para los médicos. Estos libros, en efecto, producen como un espejismo, no siendo raro que el lego en patología se encuentre con que, sin saberlo, está enfermo de una tisis ó de una enfermedad del corazón ó del hígado, sólo por el poder de su imaginación: hecho no raro en los alumnos de medicina cuando empiezan á estudiar las enfermedades internas.

El Sr. Lletget comienza su breve opúsculo con la *Introducción* que es de rúbrica en esta clase de producciones; examina luego el concepto de lo que es *difteria*, analiza las causas de la enfermedad, presenta un excelente cuadro de sus *síntomas* con claridad perfecta; y después de esto enumera las medidas de precaución que deben tomar las autoridades, los consejos y medidas higiénicas á que deben atenerse las familias, las prácticas de desinfección y los cuidados que requiere la convalecencia.

Tocante al tratamiento, bien que esto no incumba á la familia, sino al médico, me permitiré añadir mi voto, por humildísimo que sea, en favor de la fórmula inserta ya en el folleto del doctor Corral y Mairá:

Acido oxálico..	1'50
Infusión de te verde.	120'00
Jarabe de corteza de naranjo agrio.	30'00

Para tomar una cucharada de las de sopa de dos en dos horas.

Esta fórmula no sólo sirve para el tratamiento, sino que, á dosis menores, esto es, dos ó tres cucharadas al día, puede utilizarse como preservativo, de la propia manera que el clorato de potasa.

Siempre, por supuesto, con la adopción de otros cuidados higiénicos, perfectamente indicados en el folleto de que tratamos.

A pesar de que no está probado el hecho, y puede ser que resulte pura aprensión, manifestaremos, por nuestra parte, que algunos autores han creído encontrar cierta relación entre el desarrollo de la difteria y la proximidad de palomares, gallineros, depósitos de paja, estercoleros, etc., etc., que, si no son focos de difteria, son de todas maneras una vecindad poco favorable á la salud.

En cambio, consta de una manera casi positiva que en la actual epidemia de Melbourne (Australia) muchos casos han sido propagados por gatos. Esto podría ser muy bien, de la propia manera que no cabe duda en que la escarlatina se propaga muchas veces por el uso de la leche, como parece demostrado haber sucedido en Glasgow.

Cuidado, pues, con la leche, con los gatos y con los palomares.

EL DOCTOR PÁNFILO



LAS ROSAS EMBRIAGADAS

FÁBULA EN PROSA

HABÍA en un jardín un hermoso y dilatado campo donde se criaban las rosas más bellas que jamás contemplaron ojos humanos.

El jardinero, que era un excelente floricultor, las cuidaba cual si hubiesen sido sus hijas, y tenía singular empeño en que jamás careciesen de la cantidad de agua necesaria para su sustento.

Con los cuidados del jardinero, criábanse las rosas tan frescas y lozanas, que al verlas uno no podía menos de exclamar:— ¡Hé aquí unas rosas que deben ser muy dichosas!

Y, sin embargo, no lo eran: hacía mucho tiempo que la monotonía de su regalada vida les había hecho descontentadizas y ambiciosas, y, no teniendo de qué quejarse ni de qué dolerse, empezaron á murmurar del exceso de agua con que se las rociaba.

Un día percibió sus quejas el jardinero, y con cariño sin igual les dijo:

—¿Quejas tenemos? ¿Conque os cansa el agua? Pues ¿qué queréis?
 —¡Vino, vino!—exclamaron todas en confuso clamoreo.
 —¡Vino!—replicó el jardinero.—Pero ¿estáis en vuestro juicio? El vino es un veneno, y en cuanto lo probarais moriríais al punto.
 —¡Un veneno!—objetó la más atrevida.—¡Eso dices tú porque eres hombre y temes que se te acorte la ración!

El jardinero no contestó: creyó que las flores estaban aquel día reñidas, y, sonriéndose y encogiéndose de hombros, se alejó del cuadro de las rosas.



La niña curiosa

Pero un muchachillo que andaba por allí cazando, y que oyó las quejas de las florecillas, menos prudente que el viejo, las regó con vino.

¡Con qué placer lo bebieron! A las primeras gotas que penetraron en sus cálices sintieron una animación extraordinaria y se pusieron muy encendidas, luego sintieron un calorillo que las abrasaba, después rompieron en una charla animadísima, y finalmente acabaron por entregarse á todo exceso de extravagancias y locuras.

Una que estaba tísica decía con orgullo:—Hoy sí que no cambio mis colores por los arreboles del sol: debo parecer una camelia roja. ¡Oh no! ¡Más hermosa aún! Una flor de escarlata ó de coral. Otra se columpiaba vertiginosamente, y con sus esfuerzos se deshojaba. Otras creían tener alas como las mariposas, y, pugnando por hendir los aires, se tronchaban en sus tallos. Todas se agitaban fuertemente, gastando su vida en aquella fiebre letal que rápidamente las abrasaba, extinguiendo su frescura y lozanía.

¡Pobres rosas!

Al otro día, cuando el jardinero fué, armado de su gran regadera que contenía un agua muy pura y cristalina, á dar de beber á sus queridas flores, las encontró marchitas, deshojadas y muertas.

El pobre viejo lo adivinó todo, y, exhalando un profundo suspiro que revelaba su honda pena, exclamó:

—¡Inexpertas rosas! ¡Unos momentos han bastado para que la realización de un capricho pueril arruinase vuestra dichosa existencia!

Y después de una breve pausa añadió:

—¡Qué mucho que hayáis sucumbido vosotras, faltas de reflexión y de discernimiento, si los hombres, con tener experiencia, son muchas veces víctimas de un obstinado error y de su preocupación!

A. OZORES





Los niños y las avecillas

MADAME TOLOSA LATOUR ⁽¹⁾

(AL CAJISTA DE «EL CAMARADA»)

No puede figurarse el anónimo colaborador de los que escriben para este periódico, el laborioso obrero que trasforma nuestros á veces ilegibles manuscritos en gallardas líneas de imprenta, á qué emoción tan pura ha dado lugar una inocente errata deslizada en el penúltimo número.

Mi *entrañable* amigo Tolosa Latour, mi compañero inseparable de fatigas literarias, escribió, entre dos recetas, un articulito dedicado á los niños, pero que probablemente leerían los padres; encargo gratisimo, pero difícil, que no soy yo el llamado á decir si lo desempeñó á gusto de *todos*.

Su nombre, *Manuel*, se convirtió en *Madame*; y el que sin duda pensaba en su inolvidable madre, al escribir aquellas líneas vió, por arte de una errata, surgir al pie de ellas la imagen, siempre viva, de aquella santa mujer de quien no podemos hablar sin profunda pena.



El niño llorón

¿Queréis conocerla, siquiera sea vagamente? Pues releed lo que escribió hace seis años en el *Hospital de Niños*, velando el doloroso sueño de un centenar de enfermitos y con destino á un libro de autógrafos dedicado á la enseñanza de la lectura de manuscrito.

«¿Cómo olvidaré jamás,—decía,—aquellas dulces horas en que sentía el tibio calor de su boca sobre mi frente, sus suaves manos acariciando mi débil cuerpecillo y su amante mirada contemplándome con embeleso?»

»¡Qué hermosa era! Sus cabellos castaños, sencillamente peinados, realzaban la frescura de su rostro ovalado, de mejillas sonrosadas, terso y blanco como el armiño; sus ojos, grandes y expresivos, revelaban su inteligencia, clara, como su nombre; su ingenua y franca sonrisa denotaba bondad; su elegante y esbelto continente mostraba innata distinción; sus palabras pregonaban saber y modestia...

»Ella fué mi primer maestro, mi mejor consejera, mi *todo*. Al perderla, *todo* lo perdí. Si llego á ser algo, será porque siento algo suyo en el corazón.

»Por eso, al verme hoy huérfano y triste, su adorado recuerdo me obliga á decir á los niños, más felices que yo, que amen mucho á sus madres y á querer como una *Madre* á los pobrecitos que no la tienen.»

Y, consignado lo que antecede, corrijo la errata pasada, amigo cajista; y os reitero mi profundo afecto, queridos niños.

EL DOCTOR FAUSTO

Noviembre 1888.

(1) Á pesar de que la errata á que alude el autor fué corregida al poco tiempo de estarse tirando el número 53, no vacilamos en insertar el bellísimo artículo á que ha dado origen, por más que la inmensa mayoría de lectores ignora la tal equivocación.



¡POBRE CIEGA!

Triste, sin ningún consuelo,
su corazón virginal,
que impulsa tímido anhelo,
sigue camino del cielo
huyendo siempre del mal.

Pobre mendiga, su luz,
al furor del tiempo vario,
trocóse en fiero capuz,
y abrazada con la cruz
sube penoso calvario.

Huérfana, desde la cuna,
abandonada al nacer,
no hay ser en quien se reuna
más bondad, peor fortuna,
más intenso padecer.

De puerta en puerta queriendo
sostener su triste afán,
limosna por Dios pidiendo,
y con lágrimas cogiendo
algún pedazo de pan,

Quando el terrible Aquilón
ruge y brama sordamente,
esta niña, en su aflicción,
no halla un amargo rincón
donde reclinar su frente.

¡Pobre y débil navecilla,
en piélagó mundanal,
sin tocar jamás la orilla,
nunca sumergió su quilla
á los esfuerzos del mal!

¡Marchita flor sin aroma
en el jardín del dolor!
¡Tímida y dulce paloma
que nunca su vuelo toma
sin herirla el cazador!

No ha disfrutado un momento
de la dicha apetecida,
pero la fe le da aliento
y tan puro sentimiento
va prolongando su vida.

Dulce Jesús: su consuelo,
su única ventura aquí
se cifró en rogar al cielo:
¡corona su puro anhelo
y hazla subir hasta tí!

CLOTILDE AURORA PRÁNCIPZ

El país de las ranas

—NUESTROS GRABADOS—

LA NIÑA Y EL MARRANILLO

La pequeña Nicolasa está encargada de cuidar de una vaca y un marranillo de su padre; y, aunque aquello le parece mucho trabajo, en rigor no tiene nada que hacer más que estar á la vista de aquellos animales. Algunas veces, cuando se aburre y no sabe en qué pasar el tiempo, entretiéndose con el marranillo, que es muy retozón, y le pone su gorro de percal para ver qué aspecto ofrece, y se ríe á carcajadas, revolcándose en el suelo, al ver su ridícula figura.

Una vez se quedó dormida, y el marranillo se hubiera escapado, seguramente, á no ser por la llegada del padre de Nicolasa, que la reprendió por su descuido. La niña era muy obediente y sumisa, y no volvió á dormirse más.

LOS DOS PERROS

Turco es un corpulento mastín, y tiene por compañero un perrito que le quiere mucho. Cierta día *Turco* se echó en la calle, porque estaba malo. Su fiel amigo le lamió y acarició, reanimóle al fin y le acompañó á su casa. Al día siguiente fué á visitarle y le encontró peor, por lo cual se retiró algo triste. Volvió al otro día, y ya no pudo ver á su compañero, porque el pobre *Turco* había muerto. El perrito aulló lastimeramente, como si lo comprendiera, y ya no volvió más á la casa de su amigo.

LA NIÑA CURIOSA

Mariana, niña de cinco años, salía de la escuela, y al pasar por un campo contiguo á su casa encontró una mujer que sembraba trigo, haciendo agujeros en la tierra con un palo para enterrar los granos después.

—¿Qué haces?—preguntó Mariana, acercándose á la labradora, poseída de curiosidad.

—Ya lo ves,—contestó aquella sonriendo;—siembro trigo.



Lo que la niña miraba

En el mismo instante la mujer se precipitó sobre un montón de arena, y, levantando su palo, descargóle con fuerza sobre un ratoncillo, al que dejó sin vida.

—Y ¿por qué matas á ese pobre animalito?—preguntó Mariana.—¡Es una crueldad!

—Sí, pero necesaria, porque si no lo hiciera así los ratones se comerían mi trigo. Es forzoso matar á los animales dañinos.

LOS NIÑOS Y LAS AVECILLAS

La nevada ha sido copiosa. Los chicos están de enhorabuena, porque pueden entregarse á sus juegos favoritos. Unos fabrican con la nieve un enorme monigote, y le toman como blanco para tirarle gruesas bolas; otros, provistos de patines, lucen su habilidad en el hielo sin temor á las caídas; y todos se divierten á cual más.

Las pobres avecillas, entretanto, se lamentan amargamente porque ya no hay follaje en los árboles, están ateridas de frío y no saben dónde refugiarse.

EL NIÑO LLORÓN

El señorito Arturo es incorregible. Siempre está gimoteando: llora, grita y se impacienta, y no bastan las caricias para aplacarle. Si en vez de hacer esto se mostrara amable, cariñoso y obediente, su mamá no le refiría nunca y se haría querer más de todos los de la casa, á quienes molesta muchas veces con sus rabietas y sus gritos, aunque siempre se procura tenerle contento.



Océano

EL PAIS DE LAS RANAS

¿Habéis oído hablar del país de las ranas? Allí hay una inmensa laguna llena de estos animales, grandes y pequeños, y muchas veces los podréis ver sobre los maderos flotantes, ú ocultos entre el césped. Allí abundan los cañaverales y espadañas, y las ranas ejercen allí su dominio: en cada hoja flotante se ve alguno de esos batráceos, y los que pasan por aquel sitio durante la noche apresuran el paso para alejarse cuanto antes, á fin de no oír el concierto atronador que con su canto producen las ranas.

LO QUE LA NIÑA MIRABA

¿Qué espera la niña Gertrudis asomada siempre á la ventana? ¿Por qué contempla con tanta atención la inmensidad del mar? ¿Espera que llegue algún barco cargado de juguetes para que su mamá le compre otros nuevos? ¿Le recrea, acaso, ver cómo vuelan las gaviotas? No es nada de esto. De improviso la niña divisa á lo lejos una columna de humo que se desvanece lentamente bajo el puro azul del cielo y que parte de la chimenea de un vapor. Los ojos de Gertrudis brillan, su corazón se dilata, y sus mejillas se tiñen de carmín. Es porque sabe que en aquel buque llega su papá, á quien desea con ansia abrazar después de una larga ausencia.



Travesura

OCÉANO

- O: las ondas que surca la barca del marinero.
 C: el castillo situado en la orilla del río.
 E: el águila que cruza los aires.
 A: el áncora pintada en el brazo del marinero.
 N: Neptuno, que una vez creyó ser el rey de las aguas y único soberano de los mares y de ese vasto océano que tantas maravillas oculta en su seno, maravillas misteriosas que permanecen ocultas á los ojos del hombre.

TRAVESURA

Muy entretenida estaba Luisita jugando con unos tarugos de madera, delante de su aya, cuando vió á su papá entrar en la casa para tomar el te. Aunque su mamá le había dicho que no entrase en la cocina para nada, empeñóse en que le dieran la tetera para llevarla á la mesa. Su hermana mayor no quería acceder por temor de que se quemase; pero tanto gritó la niña, que al fin le entregó el objeto, advirtiéndole que tuviese cuidado. Luisa cargó con la tetera, mas antes de llegar al comedor vertió parte del contenido y se escaldó la mano.

Su mamá no quiso castigarla, pues en el pecado llevaba la penitencia; pero desde aquel día la niña no desobedeció nunca á su mamá ni tuvo antojo de servir el te, pues recordaba la quemadura.

EL JILGUERO Y SU PROGENIE

Catalina, hermosa niña de ocho años, habitaba en una casa de campo rodeada de flores y árboles frutales. En la rama de uno de éstos había anidado un jilguero cuya hembra tenía cuatro preciosos pajarillos. La niña hubiera podido alcanzar el nido; pero lejos de molestar á las aves, complaciase en darles á comer miguitas de pan, con lo cual se familiarizaron tanto los jilgueros, que llegaban hasta la ventana de Catalina para tomar lo que ésta les dejaba. Llegado el verano, las avecillas desaparecieron, pero en cambio Catalina tuvo las manzanas y las flores para recrearse.

LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

Pues bien: así en verano como en invierno, Augusto tenía la cabeza henchida de ideas, de grandes ideas, y se sentía lleno de valor y de esperanza.

Las pinturas de la estufa excitaban en él vivísimo interés y servían de texto á narraciones sin número; porque jamás se repetía dos veces la misma cosa.

—Niños, es hora de acostaros ya,—dijo la hermanita mayor.—Padre tarda mucho esta noche y será inútil que le esperéis.

—¡Oh, Dorotea! ¡Cinco minutos aún!—dijeron todos en tono suplicante.

Una de las chiquitinas, Hermenegilda, que tenía unas mejillas muy sonrosadas y unos cabellos muy rubios, encaramóse por las piernas de la hermana mayor para enternecerla, y las otras decían:

—Hirschvögel está tan calentita y la cama está tan fría, que, vamos, Augusto, cuéntanos otra historia.



Travesura

—No, basta,—respondió Augusto.

Se le había agotado ya la vena, y con las manos apretadas contra las rodillas miraba con grave semblante los arabescos luminosos de la estufa.

—Dentro de una semana será Navidad,—dijo de repente.

—¡Cuántas cosas nos regalarán!—exclamó Cristobalito, el pequeñín.

El bueno de Balito tenía sólo cinco años, y no se figuraba Navidad de otra manera que con aguinaldos.

—¿Qué le traerán á Gilda si es buena?—murmuró Dorotea al oído de la chiquitina, la penúltima, porque, sea cual fuere la pobreza de la familia, Dorotea encontraba siempre manera de poner en el zapatito de su estimada hermanita algún muñeco de palo ó hermosas manzanas bien encarnadas.

—El tío Marcial me ha prometido una oca muy gorda porque salvé la vida á su becerro en el mes de junio,—dijo Augusto. Y por cierto que lo menos había hablado veinte veces, desde primeros de mes, de la famosa oca; tan orgulloso estaba de su hazaña.

—La tía Maïla no dejará de enviarnos vino, miel y un barril de harina,—dijo Alberto.

La tía Maïla era propietaria de una granja y de un *chalet*, allá lejos, por la parte de Dorp Ampas.

—Iré al bosque,—repuso Augusto,—y cogeré allí plantas para hacerle la guirnalda á Hirschvögel.

Todos los años, por Navidad, coronábase la estufa con ramas de pino, yedra y bayas de la montaña. El calor marchitaba en seguida la guirnalda; pero ¿qué

importaba eso? Hirschvögel comprendía muy bien que la intención había sido honrarle.

En el momento en que los niños hablaban todos á la vez, abrióse la puerta y entró el padre de familia, al mismo tiempo que una grande bocanada de aire frío.

Los pequeñuelos se precipitaron alegremente á su encuentro. Dorotea arrióse cerca de la estufa el único sillón que había en la casa, un viejo sillón de madera. Augusto colocó la cántara de cerveza sobre una mesita redonda, al alcance de su padre, y llenó de tabaco una gran pipa de barro.

Aquella noche, contra su costumbre, Karl Strehla respondió con aire aburrido á las caricias y al jolgorio de sus niños, y sentóse como un hombre rendido de fatiga, sin prestar atención á su cántara de cerveza ni á su pipa.

—Padre: ¿os sentís malo?—le preguntó Dorotea.

(Se continuará)



El jilguero
y su
progenie

ADMINISTRACION: Manuel Pla ; Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.